

Las páginas del diario de mayor interés sociopolítico son, sin duda, las referidas a una posible descripción del fenómeno nazi. Aquí la evolución mental de Mann se hace evidente y su lucidez y sensibilidad ante el concreto devenir social generan continuas observaciones ricas en consecuencias. Son, además, páginas del exilio, inflamadas por la rabia, la tristeza y no exentas de cierta melancolía por la Alemania perdida, en la cual, para siempre, han perecido las fantasmagorías del intelectual guillermino.

La descripción manniana del nazismo gira en torno a varias constantes:

- Es la «forma pequeñoburguesa del bolchevismo» (cita de una carta de Max Mohr anotada el 27 de abril de 1933), «más maligno que el bolchevismo» pues carece totalmente de ideas (17-3-1933), carencia en que se distingue del bolchevismo ruso. En otra oportunidad (8-4-1933) habla del «nacional-bolchevismo», anticomunista y protagonizado por unas «masas engañadas y ebrias de poder». También de «la forma alemana del bolchevismo, insurrección de la incultura y anticultura pequeñoburguesas, ideologizadas como *movimiento popular*» (28-5-1933). La insurrección se basa en un sentimiento de inferioridad de la clase media dentro de la sociedad y de la nación en el contexto europeo, punto de divergencia con el fascismo italiano, que nace de la necesidad de reforzar un sentimiento nacionalista agraviado por las negociaciones de Versalles y que apela al gran modelo del Imperio Romano, y no a la imagen de la tribu teutónica que vaga por los bosques. Al referirse al integrismo nazi y la abolición de los partidos políticos, discurre sobre la «unificación de las masas pequeñoburguesas para realizar el socialismo. La muralla de anteayer, formada por marginales y ladrones, las ocultaba» (2-6-1933).
- Es un movimiento contrarrevolucionario originado en 1919 y que trata de frenar las insurrecciones obreras de la posguerra. «La explosiva plenitud de una contrarrevolución» define en la anotación del 19 de marzo de 1933. El 27 de noviembre de ese año conceptúa al fascismo, en general, como «revolución conservadora», reacción contra el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración. Cuando Hitler proclama que «la revolución ha terminado», Mann traduce: «Los latifundios no serán repartidos» (20-7-1933).

- Es un cambio en los procedimientos del poder: «Nuevo estilo de asesinos y de gangsters en la política europea» (11-10-1934). El 5 de abril del mismo año anota:

... la dictadura como forma del Estado en el siglo XX y la carga de la idea a través del desorden torpe de Alemania, padecimiento mundial. Está en manos imposibles, y aunque la democracia parlamentaria no pueda volver, estos hombres deben irse. ¡Qué desilusión para el pueblo infeliz, embriagado y amigo de las apariencias!... La inteligencia ya no desempeña ningún papel: quien habla es colgado o linchado. Problema: ¿qué forma debe adoptar la inteligencia y, dado que ya no posee ningún tipo de influencia, cómo salvar, aunque sea en parte, su tarea crítica para la historia?

- En el fondo, el fascismo es un movimiento de preservación del capitalismo, pero que prescinde de la burguesía. La primera observación la hace a propósito de la guerra civil española, el 13 de agosto de 1936. Mientras caen sobre los republicanos las bombas alemanas, las legiones italianas y los batallones de moros, la prensa de la derecha francesa clama por la neutralidad y la defensa respetuosa del principio nacional.

... ningún sentimiento se levanta contra semejante delito, regido por los intereses del orden capitalista mundial. ¡Qué confuso resulta hoy invocar al patriotismo!

Mientras los fascistas de todo el mundo se auxilian para derribar a un gobierno legítimo de Frente Popular, los demócratas invocan la libertad para dar paso al fascismo, que acaba con la democracia y con los demócratas mismos. Mann propugna un «humanismo militante» y reducir el juego democrático a los partidarios de la democracia. «El liberalismo como principio político está realmente muerto y no es la primera vez que los fascistas lo han aprendido. Como escribí ya a principios de siglo, una dictadura ilustrada es lo deseable» (ídem).

El fascismo es una fuerza favorable al capitalismo, pero independiente de la burguesía como tal. Los fascistas no son representantes de la clase dominante, como podrían serlo los políticos clásicos. Ya los personeros de la clase no se reúnen con cortesía en los elocuentes parlamentos, sino que andan de noche en patrullas informales. Las contradicciones crecientes del sistema han llevado el estupor al seno de la propia burguesía y así lo comenta Mann en su anotación del 15 de febrero de 1935:

Incomprensible incapacidad de la burguesía para entender lo que viene. Ahora esto sobrevivirá. Pero sólo con que el entendimiento y la agudeza crezcan con la experiencia estaría bien.

Esta defección de la clase dominante como tal acarrea, de algún modo, su equivalente: la quiebra de los principios socialistas clásicos. Las masas no comprenden ya sus intereses ni los defienden (esto va dicho a propósito del plebiscito del Sarre, el 19 de enero de 1935).

¿Pero no significa esto, realmente, el fin del marxismo? ¿No muere lentamente allí, por falta de creencias? ¿Es posible el socialismo en la época de los tanques y de la radio, de una propaganda masiva y ruidosa, idealizante y sobrecargada, como lo era en el siglo XIX? ¡Cuán amable era todavía su pesimismo!

Y discurre el 22 de julio de 1936, mientras se organizan los soviets libertarios en Barcelona:

Con Golo en la sobremesa comentamos la falta de plena educación de las masas trabajadoras marxistas en materia de política exterior, que es política de poder pura y simple. Es socialista considerar lo moral ante todo, la primacía intelectual de lo «interior», que debe anteponerse a aquél. Este idealismo decimonónico resulta hoy un lujo y se ha vuelto muy peligroso, aunque siga siendo un ejemplo generoso y simpático.

El nazismo no es visto por Mann como una pura patología histórica, sino como un proceso cuyas raíces están hondamente metidas en el suelo histórico de Alemania. En parte, la cultura dominante se ha centrado en un genio de corte reaccionario (10-10-1934). Wagner y su antisemitismo de carácter «horriblemente pequeñoburgués» anticipan el nazismo (13-2-1935). Sólo Nietzsche parece salvarse, a pesar de la profunda utilización que el nazismo hace de él. Nietzsche, el hombre de la extrema pureza intelectual, de la voluntad dionisiaca de entendimiento, de la pasión por la verdad, que se reía de *Fausto* como tragedia del saber. Los nazis apelan a él para ocultar sus fuentes francesas, enemigas, extranjeras: Péguy, Sorel, Bergson (16-1-1936).

Otros aspectos entrañables del nazismo de Alemania son examinados al pasar:

Cantos de los *soldados pardos del conductor*: «Contra un mundo de enemigos por la libertad y la paz». Cretinismo, de acuerdo, pero es el nivel corriente de la pequeña gente alemana, que se siente cómoda en él. Allí debe quedarse hasta que las dificultades económicas la remuevan. Un mensaje prometedor de la socialdemocracia resultaría compulsivamente partidista. Esto es lo auténtico y lo correcto.

(8 de octubre de 1936)

Está claro que la vida política ha cambiado en estos sesenta años. ¿Por qué deben exaltarse mi odio y mi horror? Métodos «fascistas» y autoritarios, con un matiz nacional, empiezan a disolver las antiguas y clásicas formas democráticas. ¿Por qué se hace de esto un misterio peculiar de los alemanes y por qué eleva Alemania una invocación al conductor y salvador del mundo?... Es éste el único pueblo de Europa que no teme ni abomina de la guerra, sino que la diviniza, y con su Estado totalitario no persigue otro fin, y en este medio siglo no ha hecho más que prepararse para la guerra que; tal vez, no quiera desear, pero que su tradición y su naturaleza le obligan a querer.

(7 de septiembre de 1933)

Este hombre (Hitler), exponente de la pequeña clase media con cultura de escuela popular, asesorado en materia filosófica, es una curiosa aparición. Sin ninguna duda, al contrario de tipos como Goering y Rohm, no tiene nada que ver con la guerra, sino con la «cultura alemana». Los pensamientos que enhebra, uno tras otro, sin ayuda ninguna, en constante repetición, con fuertes desvíos y con penoso estilo, son los de un desaconsejado y entusiasta académico de barrio.

(8 de septiembre de 1933)

La germanidad no quería la república, pues su contenido ideológico—el orden en la civilización—le parecía estúpido. Lo alemán, lo protestante, lo popular-eterno quería comprometerse en nuevas creaciones históricas, pero como algo subalterno, una chapuza, con la mentira por medio, con brutalidad y una basta e histérica borrachera...

(29 de julio de 1934)

La voluntad alemana de leyenda y mito, como un deseo contrario a la verdad y a la probidad espiritual...

(5 de agosto de 1934)

El 8 de abril de 1933 anota esta observación de conjunto:

En la guerra fracasó el curso de las ideas alemanas de 1914, y Alemania, tras la derrota, fue «democratizada». La «revolución alemana» es, inocultablemente, la guerra de revancha en el interior y comporta también peligros de política exterior, el aislamiento moral, la difamación cultural, de modo que su carácter se consolide como una «circunstancia interna» en la cual nadie debe mezclarse, a pesar de que las circunstancias sean favorables. Nadie debe compulsar a Alemania a retomar la democracia.